

Señores

No extrañaréis mis palabras en este vuestro día. Comparto vuestras angustias, lloro sobre vuestras desgracias, vuestros hijos me llaman Padre y de mí se dejan acariciar, ¿Porqué no celebrar también vuestras glorias? Por que no depositar un grano de incienso silvestre para que elevándose con el de vosotros ayude a formar esa atmósfera agradable y santa con que soñaba para su Patria el herse de San Mateo, el capitán Antonio Ricaurte?

Por de pronto os confieso que no me atreveré a pintaros la desesperación que el 25 de marzo de 1814 iba embargando los corazones de los patriotas acampados en el ingenio de San Mateo, cuando con extraña e inesperada alegría se trocaba en entusiasmo, el coraje de los pocos momentos antes, acorquinados realistas.

Por otra parte, estais en el deber de exigir que por artistas o por mejor pulso, os sea referido el homérico duelo de Boves y Bolívar, pues el relato del rudo batallar de aquellos valientes, necesita pinceladas aunque pocas, si lo bastante firmes y acertadas, como que han de

mesurar en sí un poema.

Apenas conmigo hubierais distinguir el vociferar de los españoles, ya (es creencia de ellos en aquel momento) mimados de la voluble fortuna, y por lo que me rehuso a repetir la orden de retirada que, convido, da con imperio irresistible y soberbia resolución, el nuevo Saac para el, solo sobre la cumbre prender la hoguera levantada por Bolívar, inconsciente del acto heroico a que daría ocasión tanto acopio de municiones y pertrechos.

Tuviera siquiera palabras adecuadas para hacer sentir el atronador estallido de la primera descarga cien veces repetido y multiplicado cien veces más por la, después continuada y exasperante de miles de cartuchos cuyo fragoroso y mortal trueno acompañan terribles truenos, como estampidos de cañones atestados, y luego el silencio sepulcral, el espanto, la derrota, aquellos quienes habian intentado oponerse a la libertad de la Patria amada del Heroe, siendo pues el amor a la libertad de ella, el móvil y causa del valor con que supo Ricaurte sacrificarse, para, como ultimas palabras de su testamento, escribir en ese lienzo del cielo americano que acababa de arrancar de las garras de los leones